

Angélica Salmerón, *Unamuno y la modernidad cuestionada*, México, Gobierno del Estado de Veracruz, 2005, 243, pp.

VIRIDIANA PLATAS BENÍTEZ
Universidad Veracruzana

En diciembre de 2005 se publicó *Unamuno y la modernidad cuestionada: proyecto hacia una filosofía hispánica* de Angélica Salmerón Jiménez. Este texto contiene la preocupación filosófica de su autora, preocupación no sólo académica sino existencial que nace a la luz de la palabra impresa, podríamos decir —jugando un poco con los términos del libro— que a la autora le va la existencia y la trascendencia en su creación.

El escrito no sólo nos brinda la oportunidad de participar de una investigación que rescata los hilos conductores de la obra de Miguel de Unamuno, sino también, nos permite ser partícipes de la disertación de ciertos modelos del pensamiento que se enlazan en la tradición lingüística castellana. Un ejemplo es la “racionalidad antitética”, término con el que la autora bautiza a esta propuesta engendrada en nuestra lengua, misma que responde tanto a las disertaciones con las que el autor vasco encara tanto su contexto como nuestros tiempos de discusión constante con la modernidad.

Tomando esta última idea como eje, a través de la reconstrucción de Salmerón, la filosofía de Unamuno discute con los supuestos modernos europeos en aras de enmarcar la hispanidad. La hazaña unamuniana —quijotesca, por tratarse de una disertación que transita por los márgenes del discurso canónico—, afirma una tradición que concilia al hombre con el sentimiento, la vida, sus raíces intrahistóricas y con un discurso que ensalza más a la sabiduría que al sistema. Lo anterior, se torna en el toque de guerra en contra de la modernidad, una guerra en la que no hay pérdidas sino el reencontrarse con la afirmación de un pueblo: el hispano. Esta postura teórica no se configura absolutamente en contra de la razón, ya que como nos dice Angélica Salmerón, Unamuno

no rechaza los que se pueden considerar logros de la modernidad, sobretudo la subjetividad, el yo, la conciencia y el valor que la razón representa para ciertos

ámbitos del conocimiento, así como el continuo avance científico, que bien entendido, no tiene por qué ser rechazado (Salmerón, 2005:22).

Lo anterior muestra la delimitación que la filosofía unamuniana pretende para la razón, empresa contraria a la Ilustración, pues descentraliza los alcances de la certeza y manifiesta la exploración hacia la confusión de lo que no se dicta apodícticamente, pero que surge del sentimiento, del corazón.

Entre las aportaciones que Angélica Salmerón hace a través de su libro encontramos la crítica que Don Miguel elabora para reparar en los fracasos de la modernidad. Como mencionamos en líneas anteriores, aunque Unamuno no desarrolla una crítica que desvalorice totalmente a la época que coronó al sujeto, sí se centra en tres supuestos que representan el abuso moderno: “razón”, “progreso” y “ciencia”; ante esto, la compleja respuesta del filósofo vasco es presentada por Salmerón como aquella que le da vida a la “racionalidad antitética”. Ésta pretende la destrucción del *cogito*, impersonal y fría estipulación formal de la subjetividad, para rescatar al hombre de carne y hueso, al que ríe, goza, sufre y se angustia. De esta manera, la pregunta con la que Unamuno inquiere a la Esfinge —metáfora que refiere a la modernidad enmudecida ante la “cardíaca” o razones del corazón— dirige al pensamiento a configurarse paradójicamente, no entrado así en el campo de la lógica, pues se atreve a asomarse en el vacío de aquel sujeto que es pura contradicción. La contradicción se asume de este modo como la condición trágica del hombre, aquella que está

constituida por la contradicción ontológica que la define y delimita. [...] Lo trágico humano reside cabalmente en el reconocimiento de que, hágase lo que se haga, el ser ha de desembocar siempre en el fracaso (:154).

Así, esta contradicción confiere al hombre la conciencia de no poder maquilar los designios del azar, de no ser una sustancia que es parte del gran mecanismo del mundo, siendo una criatura que está sometida a la contingencia de la vida, de su indeterminación. Este sentimiento trágico de la vida impacta en su camino al modo discursivo con el que se intenta expresar, ya que

el ámbito de lo existencial no puede remitirse a la explicación racional que define y construye a través de categorías lógicas. Y no puede ser así porque la vida escapa o rebasa a la razón y se le escurre porque no es algo determinado o hecho; no se traza un plan de vida: el plan se hace viviendo (:29)

Padecer existencial, padecer vivencial, ese es el puerto en que el barco de la razón antitética desembarca, en la playa de la negación del sujeto y reafirmación del hombre, en el cual “no existe en la realidad concreta y personal un yo tal que implique un conocimiento puro sin sentimiento o sin conciencia de sí” (:71). La vida es el objetivo de la nueva filosofía que se dirige a la sabiduría más que a la Ciencia —con mayúsculas—, a la cual Unamuno rechaza por ser la que construye las falsedades que enmascaran a la modernidad, que son responsables de mantener la esperanza de utilizar a la razón como palanca que moverá al mundo. Por su parte, la sabiduría, opuesta a la Razón, es la que reconoce a la vida paradójicamente constituida, absurda; la sabiduría asume que para poder atisbar discursivamente a la vida ésta debe ser intuita en su paradoja, camino al que se conduce la nueva metafísica. Ésta es un discurso que no se erige sino que se recita, que no dicta axiomas, sino que está atenta a las palpitations del corazón. Epistemológicamente rechaza la representación, eligiendo para dar cuenta del sentimiento agónico al teatro vivo, escenario que recoge en su seno la contradicción, el momento negativo de la dialéctica que jamás logra la síntesis, y por ende, la afirmación siempre constante de la contradicción. Este planteamiento tan estimulante provoca en el lector la consideración de un pensamiento de la diferencia, pensamiento en lengua española, que precisamente se anuncia como heraldo de la hispanidad alterna a la Europa que engendró a los monstruos de la técnica.

Así, nos conducimos por una vereda intransitada, o siendo un tanto injustos con la terminología de Unamuno, el *método* de la construcción de la realidad-ficción. Los linderos de discurso son nuevamente puestos a prueba a través del bellissimo neologismo unamuniano *nivola*. Dice Unamuno:

Pues es así como mi novela no va ser novela sino [...] ¡nivola! Así nadie tendrá derecho a decir que deroga las leyes de su género [...]. Invento el género, e inventar el género no es más que darle un nombre nuevo, y le doy las leyes que place. ¡Y mucho diálogo! (:94)

La *nivola* es el terreno de la fuga donde el hombre transmite su sentimiento trágico y, asimismo, tiene lugar también la tensión de los opuestos que a través de la imaginación crea una vida ficticia que se empalma con la radical existencia. También es el lugar donde se revuelven los métodos, donde Unamuno “promiscua” a la razón con la sensibilidad estética fundiéndolos en

el mar de la creatividad literaria que, curiosamente, es lo más cercano a la vida humana.

Unamuno siente y produce todo lo anterior gracias al arraigo a su tierra. La hispanidad es la condición de posibilidad de la condición trágica y la condición trágica es la condición de posibilidad de la hispanidad. Este círculo, eterno, concéntrico nos mueve a pensar en la lengua que une a un pueblo en su intrahistoria, que le afirma, pero que también tiene la sed de trascenderse, un círculo donde es “forzoso hundir el escalpelo hasta el fondo del alma hispana para extraer de él su sedimento eterno, lo que perdura, lo que no se deja corromper por los aires del tiempo” (:108). En esta búsqueda de sí mismos, se encuentra el proceso del retorno a la Edad de Oro, a la España Medieval, época dorada, precisamente por ser premoderna, en donde aún hay fe en el Dios de los cielos y no en el Dios-Razón. Esta misma racionalidad española, trágica de suyo, tiene puesta la mirada en el desenlace inminente de la existencia. Así la meditación sobre la muerte es otra de las piezas de este modelo —que no sobra afirmar es dinámico— que encara la preocupación existencial. Así, a decir de Angélica Salmerón “la filosofía unamuniana, que es filosofía de la vida humana, ha de concluir con una *meditatio mortis* porque justamente el misterio de la vida nos lleva de lleno ante el de la muerte” (:128). Cabe resaltar, de la citada consideración, que la muerte para Unamuno no es una instancia en que se paralice la existencia, no es el sumergirse en la nada que devora irremediamente a todos los mortales, sino que, por una parte, es propicia para adoptar un auténtico modo de existir, a saber, el sentimiento trágico o agónico que es en vida una preparación para la muerte; por otra parte, es el terreno de la trascendencia, lugar donde el hombre puede aspirar a la eternidad. El hambre de eternidad es otro de los legados medievales que posee el pueblo español. En esta ansia aparece al unísono el sentimiento heroico de la vida, que posee como prototipo al ingenioso heraldo Don Quijote de la Mancha.

Así el proyecto de una filosofía hispánica se concreta en la figura del Quijote. En ella nos encontramos los rasgos en los que reside la consolidación de una configuración en que la locura se toma como paradigma itinerante de un modo de pensar que no tiene una pretensión dogmática. La hazaña se convierte en labor solitaria —porque solos se quedan los que vagan por los linderos del canon— donde el sentimiento heroico de la vida conduce hasta la inmortalidad. Don Quijote, contrario a la voz de la Razón que emite Sancho, se propone en su camino afirmar la existencia, el anhelo del amor ficticio que

funge como motor de la esperanza, de la fe en lo que no se ve pero se siente. Unamuno resuelve:

¿Hay una filosofía española, mi Don Quijote? Sí, la tuya, la filosofía de Dulcinea, la de no morir; la de creer, la de crear la verdad. Y esta filosofía no se aprende en cátedras, no se expone por lógica inductiva ni deductiva, no surge de silogismos, ni de laboratorios, sino surge del corazón (:214).

Finalmente, el fascinante estudio que reseñamos invita a pensar en nuestra lengua, a esbozar modelos que nos pongan en contacto con nuestra tradición, de pensar desde la entraña de la patria y desde la entraña personal, con lo cual se asumen los riesgos de vagar por los límites guardando siempre la esperanza de crear, de filosofar sin traicionar al hombre que amando y creyendo se acerca cada vez más a su inmortalización. Unamuno junto con su hispanidad, junto a su ontología paradójica y a su género nivolesco, logra al igual que el Quijote inmortalizarse en las líneas bien cuidadas de Angélica Salmerón.